

**LA ABSOLUTIZACIÓN DE LA POLÍTICA  
EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA HACIA LA DEMOCRACIA,  
SEGÚN LOS ESCRITOS PERIODÍSTICOS DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO**

**María Merino Bobillo**  
*Universidad de Valladolid*

José Jiménez Lozano tenía 45 años cuando murió el general Franco y España se abría el camino para constituirse en democracia. Era pues, a la llegada de la Transición, un hombre en plena madurez, que conocía los entresijos del periodismo y había estado atento a las lecciones de la vida. Siendo niño, durante aquella Guerra fratricida, había descubierto las consecuencias del odio. Aprendió la tolerancia de modo natural, en aquel hogar paterno que ofrecía hospitalidad a “desconocidos familiares” que empujados por el miedo allí se refugiaban. Su vida echó raíces en esas coordenadas de aceptación del otro, de rechazo a la violencia y de cuestionamiento del poder establecido pues había mostrado su poca capacidad de resolver los asuntos de los hombres.

El autor castellano llevaba escribiendo desde finales de los años cincuenta en *El Norte de Castilla*, un periódico que pilotaba entonces Miguel Delibes. Admirado por la capacidad intelectual de aquel joven, Delibes consiguió contratarle para la redacción del diario en 1965 y allí permaneció hasta su jubilación, en 1995, siendo director del mismo. La originalidad y la fuerza de su escritura desbordaron los límites del periódico vallisoletano. Pronto fue requerido en otras publicaciones. Su firma se convirtió en uno de los bastiones de la revista *Destino* desde 1965, *Vida Nueva* desde 1976 y de los diarios *Informaciones* y *El País*, en los que escribió en aquellos años de la Transición.

Frente a la madurez del escritor y periodista, en España se estrenaba en 1975 un nuevo modo de vida. Entraba, como un torrente lleno de fuerza, la posibilidad de elegir a los propios gobernantes y de revisar las leyes que regían la vida pública para tratar de acordarlas a los principios de justicia y libertad. El cambio pivotaba en torno a las elecciones: los ciudadanos se convertían en electores o en elegidos y la política monopolizó el discurso público. Éste adquirió un tono monocorde y peculiar que Jiménez Lozano calificó de “mesiánico y teológico”, por las disyuntivas apocalípticas que planteaba: o se elegía el partido al que representaban, o bien la sobrevendría la

perdición para la sociedad. Poco amigo de las ideologías –«los mesianismos se pagan caros», decía– juzgaba que aquellas “declaraciones salvadoras” no eran más que una moda que pasaría, o al menos eso sería de esperar:

(...) cualquier día les entran ganas de “salvarnos” por la fuerza y estamos perdidos<sup>1</sup>.

Para mostrar su poco aprecio por aquellos discursos apocalípticos, en una ocasión comentaba que, al escucharlos por la televisión, sintió la necesidad de huir y buscar refugio en la charla con un campesino sobre las perdices, que era más instructiva<sup>2</sup>.

(...) estos caballeros que a cambio de nuestra papeletita nos prometen la libertad y la justicia (...) y cuesta creer un poquito que estos señores políticos sepan donde están<sup>3</sup>

Le aburría la campaña electoral, afirmaba que estaba «llena de sandeces», y la comparaba con el ambiente deprimente que estaba dejando unos días de incesantes lluvias. Aprovechaba cualquier anécdota para reflejar este hastío y aprovechando que en su hábitat rural se encontró con unos lagartos que asomaron la cabeza desde su escondrijo y volvieron enseguida a esconderse, comentaba con guasa:

(...) se han encontrado con la campaña electoral y se deben haber dicho: ¡mejor dormidos! ¡Lo que es la indecisión del voto!<sup>4</sup>

La vida parlamentaria estaba vacía, afirmaba, pues los políticos no se escuchaban sino que simplemente repetían sus “catecismos” y se repartían el poder en fuera del Parlamento, en los banquetes en los que se reunía. Tras haber pasado unos días sin haber visto la televisión, al volver a encenderla se lamentaba de nuevo al encontrarse con el espectáculo de los políticos «verborreando»,

(...) un mundo grotesco y dramático que aparece en el noticiario<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> José JIMÉNEZ LOZANO, «Bloc de Notas», *Vida Nueva*, 3-7-1976.

<sup>2</sup> *Ibidem*, 27-11-1976.

<sup>3</sup> *Ibidem*, 2-7-1977.

<sup>4</sup> *Ibidem*, 24-2-1979.

<sup>5</sup> *Ibidem*, 15-4-1978.

Con sus escritos pretendía rebajar las pretensiones de la tarea política y colocarla en un plano más modesto y realista. Proponía que se la considerase como una actividad profesional cualquiera pero, eso sí, que se distinguiese por desarrollarse como un pacto entre caballeros, pues lo contrario entrañaba graves peligros.

Cuando la política deja de ser un juego entre caballeros para convertirse en lucha trascendente, se convierte en una lucha religiosa feroz<sup>6</sup>

Ese restar importancia al juego político, bien sabía que no parecía adecuarse a la mentalidad española, al menos, de ese momento,

(...) un juego civil y civilizado entre caballeros a quienes casi les molesta ganar.  
(...) La política está muy lejos de ser un juego civilizado sino la lucha del último día contra Armagedón, entendiendo por Armagedón encarnado a aquel que no piensa como nosotros y por último día o apocalipsis final de nuestra historia, lo que sucedería si nosotros no ganáramos<sup>7</sup>.

Pero, ¿quiénes eran esos hombres hacían gala de planteamientos democráticos en los años de la Transición? Evidentemente, a tres años de la muerte de Franco, la mayoría de ellos no tenían otro pasado que el de las filas del franquismo. Él recordaba de dónde provenían:

(...) la “fortísima” personalidad de los candidatos de toda España viejos “demócratas” que todos conocemos<sup>8</sup>.

Jiménez Lozano no se dejó fascinar por la política a pesar de que el país atravesaba un momento en el que era lógica la implicación de los ciudadanos y máxime la del periodista, que además ocupaba entonces el puesto de subdirector de *El Norte de Castilla*. Tampoco se identificó con los partidos a los que dedicaba muy pocas palabras. De alabanza no hemos encontrado ninguna que hiciera referencia a los partidos de la derecha. En cierta ocasión Fraga comparó su papel con el de Cánovas y Jiménez Lozano le recordó que el gobernante conservador tenía un terrible concepto del pueblo español

---

<sup>6</sup> Ibidem, *Vida Nueva*, 8-5-1976.

<sup>7</sup> Ibidem.

<sup>8</sup> Ibidem, 18-6-1977.

y además no creía en la política.<sup>9</sup> Por el contrario, alabó en dos ocasiones a Felipe González, líder del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), la primera porque había defendido la necesidad de realizar una lectura crítica de Marx, lo que le pareció valiente pero le prevenía para que se atuviese a las consecuencias:

(...) tamañas herejías son aquí todavía intolerables<sup>10</sup>

Alabó también el tono que estaba empleando en el debate político: no caía en el sarcasmo, ni en la personalización de las cuestiones, ni en la demagogia, sino que trataba de aunar las libertades públicas con autoridad y talante liberal.<sup>11</sup> De igual modo, habló bien de la política del PSOE, pues acababan de celebrar un congreso que en el que habían asumido la doctrina de los críticos y decantado por las propuestas de los moderados:

Los chicos estos están aprendiendo perfectamente lo que es política (y espera) que el país se olvide de los conceptos mesiánicos y trascendentales de la política y se sienta muy contento de que sea lo que es y debe ser: un juego para coexistir y mejorar la coexistencia, jugando entre caballeros que sin embargo se hacen trampas, inocentes y benévolas trampas, para mandar y seguir mandando. El resultado debe ser un mejoramiento del bien común: nadie debe pedir más<sup>12</sup>.

Cuando comenzó a hablarse de la legalización del Partido Comunista, comprendía que algunas gentes se asustasen de ello, tanto porque durante 40 años se les había enseñado a reaccionar así contra el que se consideraba uno de los mayores enemigos de España, como por el recuerdo del derramamiento de sangre que se había producido durante la etapa republicana. Aunque él no creía en los presupuestos democráticos y de igualdad del Partido Comunista, manifestaba que la legalización era una decisión de realismo político. Al mismo tiempo, advertía que esperaba que nadie le hiciese creer

(...) que son defensores de la libertad y que den mucho la tabarra con eso<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> Ibidem, 9-7-1977.

<sup>10</sup> Ibidem, 16-6-1979.

<sup>11</sup> Ibidem, 7-6-1980.

<sup>12</sup> Ibidem, 27-10-1979.

<sup>13</sup> Ibidem, 23-4-1977.

En cuanto a las opciones de centro, dejó su pensamiento claramente plasmado cuando se produjo la debacle de Unión del Centro Democrático (UCD), porque entendía que era necesario contar con un centro amplio. Lamentó su desaparición, que explicaba había sido fruto de un mal montaje, pues para él simbolizaba mucho más que la pérdida de un partido. Era la demostración de que España continuaba siendo una sociedad del Antiguo Régimen, no preparada para vivir las consecuencias de la vida democrática.

(...) no es capaz de entender que lo propio de una sociedad democrática y de una vida política de este tipo es la lucha y la crisis, porque la historia sigue y precisa una renovación, una adaptación, un cambio. (...) La vida y la libertad son ciertamente embarazosas. Se añora la estabilidad total y hasta los muy progresivos señores de este país quieren institucionalizar el progresismo<sup>14</sup>.

Adolfo Suárez, entonces Presidente del Gobierno y de UCD, fue otra de las excepciones en su ausencia de comentarios sobre los políticos. Jiménez Lozano afirmaba que había escuchado con interés y agradecimiento su discurso, porque no era retórico, y aunque lo que menos le gustaba era la política, aquellas palabras trataban de España,

(...) y siento toda la pasión que para mí tiene esta sola palabra.»<sup>15</sup>

Lo que él exigía a los políticos era honestidad. Que se plantearan los diferentes asuntos que concerniesen a la sociedad honradamente, sin que fueran tapaderas de sus propias conveniencias. Como muestra de ellos, se puede leer como criticó la utilización que el ministro de Industria, Carlos Bustelo, realizó de la autoridad del Premio Nobel de la Paz, Andréi Dimitriévich Sajarov, con el fin de obtener el apoyo social para la construcción de centrales nucleares en España.

(...) el señor ministro de Industria no hizo el mejor uso de la autoridad de Sajarov: instrumentalizó sencillamente su prestigio moral de este momento para apoyar unas tesis, y todo ello muy consciente de que a nivel colectivo y de mayorías ganaba una baza. ¿Quién se lo reprocharía a un político? Lo suyo ciertamente, lo específico de un político es ganar bazas y hasta hacernos comulgar con ruedas de molino que muelen su propio grano. Pro quizá la política honesta exija desde luego algún tipo

---

<sup>14</sup> Ibidem, 21-11-1981.

<sup>15</sup> Ibidem, 12-2-1977.

de ética y, por supuesto, la de no aplastar en los razonamientos, la de ofrecer lealmente el talón de Aquiles, la de descubrir la propia flaqueza argumental, la de permitir que los ciudadanos puedan poner en marcha su propio sentido crítico y discurrir libremente sin la opresión de piedras de mil kilos de que hablaba Nicolás de Azara al referirse a las autoridades y a las ideas sacrales de su tiempo y que ahora se llaman expertos, científicos, técnicos o héroes de los derechos humanos<sup>16</sup>.

Del mismo modo, había que exigirles seriedad y humildad para bajarse del pedestal en el que la propia actividad les subía, como si lejos de su mirada no pudiese existir la verdad. En aquellos años se vivió una tragedia social, la aparición de una enfermedad que se denominó “neumonía atípica” que causó la muerte de centenares de personas. El nombre reflejaba, o más bien escondía, el desconocimiento que se tenía sobre su origen hasta que se descubrió que se trataba de la adulteración de un aceite dirigido a la industria y que se vendió para el consumo humano. Desde las instancias oficiales se impuso una explicación médica avalando la hipótesis de la enfermedad y desacreditando a quienes avanzaban otras teorías que apuntaban a la intoxicación como causa de las muertes. La orgullo de sentirse con las herramientas del poder en las manos, había cegado la búsqueda de la verdad: no parecía posible negar los estudios de la ciencia oficial:

Con autonomías o sin autonomías, el centro del saber y, del poder seguirá estando allí, y el resto del país, ignorante e idiota por definición –y tal es su propia conciencia que ni siquiera lo traumatiza–, seguirá esperando que Madrid hable. Incluso a costa de seguir muriendo de enfermedades con etiqueta oficial, exactamente como en los más áureos tiempos.»<sup>17</sup>

La vanidad resultaba ser uno de los peligros de la carrera política. Resultaba ridículo comprobar cómo aquellos hombres sucumbían ante la seducción de las cámaras de la televisión, como si de las veces que en ella aparecían, confirmaran la sensatez de sus propuestas y actuaciones.<sup>18</sup> Confesaba, como un niño travieso, que estuvo tentado de guardar los recortes de los periódicos de aquellos días para después mostrárselos a sus protagonistas, pero rechazó esta idea para no sobrecargar la historia de la

---

<sup>16</sup> «Del buen uso de las autoridades», *El País*, 23-2-1980.

<sup>17</sup> «La “neumonía atípica” y los demonios de Loudon», *El País*, 23-7-1981.

<sup>18</sup> *Ibidem*, 11-10-1980.

«pretenciosa imbecilidad humana». En cierta ocasión, al enterarse que los políticos se quejaban del trato que estaba dando la prensa al proyecto de Constitución, les respondió que si acaso pretendían que les dijésemos todos los días lo guapos que salían en la tele, lo bien que habían hablado y lo que nos gustaban sus apaños sobre la Constitución que realizaban en sus cenas.

Mussolini ya se jactaba de lo bien que decían los periódicos que se había acogido su discurso<sup>19</sup>

También detectó uno de los tremendos defectos de la política: la endogamia en la que caían. En las sesiones parlamentarias los políticos apenas debatían. Reflejaban bien a las claras que no iban a escuchar al contrario, sino a votar a los de su grupo. En lugar de preocuparse por los problemas de la nación y de buscar las mejores soluciones entre todos, se estaban dedicando a apoyar a los de su partido y estorbar a los contrarios y de manera tan descarada, que los ridiculizó aplicando al Parlamento una imagen que utilizará con frecuencia en sus escritos:

(...) todos apiñaditos, cada uno en su corral, diciendo “be, be, be” incluso sin convicción<sup>20</sup>.

Trajo a colación la época de la Restauración que él consideraba que había sido una gran mentira de la vida parlamentaria puesta en marcha por Cánovas y que contó con la complicidad de Sagasta que jugaba a hacer de oposición. Llegó a afirmar que tenía «la peor opinión» que se podía tener de los políticos, de los que salvaba algunas excepciones, pero que por desgracia no se daban en aquel momento y, sin embargo, eran tan necesarias.

(...) una nueva versión de esa forma de existencia tan española como es la del pícaro: hombre sin oficio ni beneficio y viviendo al descuido en tiempos del barroco, burócrata, cacique o cesante en tiempos de la Restauración; cuentista tecnológico en este tiempo de novelas totales, alternativas políticas y consensos y disensos<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Ibidem, 8-7-1978, pág. 45.

<sup>20</sup> Ibidem, 10-10-1981.

<sup>21</sup> Ibidem, 17-6-1978, pág. 45.

Desconfiaba de ellos cuando les contemplaba en estas actitudes y les llamaba los «señores de busto parlante» porque «tanto valen para un roto que para un descosido», puesto que comprobaba cómo cambiaban de departamento sin el mínimo problema y hablaban de todo con mucha seguridad y como si todo cuanto sucedía estuviese ya previsto.<sup>22</sup> En 1980 se formó un nuevo Gobierno. Comentaba que los españoles ya estaban decepcionados y escépticos con respecto a la política; habían esperado mucho y ahora se había convertido en un pueblo despolitizado. Les deseaba suerte cuando salían elegidos y su brindis era que no durasen mucho tiempo en el poder, porque eso era lo más letal que le podía suceder a un gobierno<sup>23</sup>.

### **Los ciudadanos y la nueva configuración en Autonomías**

Si un eje de la vida política giraba en torno a los políticos, el otro lo hacía alrededor de los ciudadanos. Ellos tenían que demostrar su preparación para vivir en democracia, tras un largo periodo de vivencia dentro de un estado católico confesional. En diciembre de 1976 Jiménez Lozano planteaba que el cambio mental que debía realizar el cristiano español para convertirse en democrático, era una auténtica «conversión y circuncisión dolorosa» porque históricamente se había guiado por otra actitud. Comparando la mentalidad española con la de los países anglosajones, concluía que en ellos la democracia había sido la traducción o la versión ética del Evangelio. En los países latinos, por el contrario, la democracia se había identificado como antítesis frente a la Iglesia y al cristianismo, lo que a su modo de ver, explicaba que en España no hubiese triunfado en su tiempo la Ilustración y que, ahora, por falta de espíritu crítico, algunos hubiesen descubierto esos valores éticos de la democracia dentro de los esquemas marxistas.

(...) cruzar de nuestra identidad hispánica ante ciertas demandas de la modernidad en el pensamiento o en la adaptación de las estructuras sociopolíticas<sup>24</sup>.

El talante hispánico no parecía muy acorde con los nuevos valores que exigía la democracia. Lo calificaba de «egoístico, algo anticristiano, en el que predomina una total ausencia de interés por lo público», como lo demostraba una larga tradición de

---

<sup>22</sup> Ibidem, 7-2-1981, pág. 43

<sup>23</sup> Ibidem, 4-10-1980, pág. 43

<sup>24</sup> «La democracia y un cierto catolicismo», *Destino*, 30-12-1976.



picaresca: zafarse del pago de impuestos, del transporte público, la eternidad en acometer y finalizar las obras públicas, el engaño en el gasto público, etc.<sup>25</sup> Otro modo de ser poco apto con los valores democráticos era la falta de tolerancia que se traducía en actitudes de enfrentamiento, a veces ridículas, como por ejemplo cuando en los primeros momentos de la democracia se propuso retirar de las calles los nombres relacionados con el franquismo. Él rechazaba este tipo de acciones porque le parecía que lo propio de un país civilizado era la perfecta coexistencia de todas las «familias de sus ciudadanos y la memoria de sus muertos». Defendía, de nuevo, la necesidad de desarrollar la cordura y el sentido común como base para la tolerancia.

(...) somos de la raza de los inquisidores (...) en este país, nadie parece capaz de sustentar las propias convicciones sin aporrearlas sobre la cabeza de los demás<sup>26</sup>.

La concepción de la España democrática española pasaba por su configuración como un Estado de Autonomías. Cuando escribía a propósito de «estos debates y tejemanejes sobre autonomías y regionalismos» hacía una llamada a la historia y a la cultura, trayendo al presente las palabras de Gracián, a quien aconsejaba leer, que los llamaba «descoyuntamientos». Antes de su aprobación, en 1981, se filtró al espacio público un documento sobre la financiación del futuro ente autonómico. A él le produjo vergüenza que en un momento de crisis económica como el que estaba pasando España, una de las primeras preocupaciones hubiera sido la de dotar de suculentos sueldos a los futuros cargos, muy por encima de los de aquellos que ejercían funciones tan básicas como las de la enseñanza en universidades e institutos.

La única esperanza es que estos entes autonómicos se queden en entes de ficción<sup>27</sup>.

Con especial fuerza criticó la implantación de un estado de autonomía en Castilla, donde no veía su sentido.

Las autonomías, espejo del más rancio reaccionarismo, suenan además aquí en Castilla a chiste y no pueden sonar a otra cosa<sup>28</sup>.

---

<sup>25</sup> Ibidem.

<sup>26</sup> Ibidem, 16-6-1979.

<sup>27</sup> Ibidem, 25-4-1981.

<sup>28</sup> Ibidem.

Temía que, a pesar de tantas llamadas a la madurez política, a los españoles se les siguiesen tratando como en la época que acababan de abandonar, como a niños o como a tontos, con demagogia. Algo de ello sucedía con los líderes de Castilla. Puso en solfa sus ínfulas autonomistas demostrando la falsedad de algunos de sus planteamientos, como el discurso histórico sobre la recuperación de las libertades que le fueron robadas a Castilla en el siglo XVI. Al comentar a un político que aquellas libertades municipales no tenían nada que ver con las actuales, éste se justificó porque aseguraba que era el modo en el que había que hablar para que la gente entendiese. A Jiménez Lozano le molestaba que se tratase siempre de necio al pueblo, al que sólo se le quería para el voto y para «berrear». Otro calificativo que empleó en relación con el tema autonómico fue el de la «confusión cósmica» de los dirigentes, pues trasmitían historias surrealistas. Para ponerles a prueba, cuestionó a «unas buenas gentes ilustradas» sobre qué era eso de los comuneros y la respuesta que obtuvo fue que Franco había confiscado aquellas tierras y que ahora se las iban a devolver a sus dueños.

Probablemente no hay ser humano que diga más tonterías que los políticos cuando están en trance electoral<sup>29</sup>.

No compartía la asunción de la figura de los comuneros como símbolo castellano y eso de la fiesta de la Comunidad en Villalar de los Comuneros, la villa donde tuvo lugar la batalla contra los ejércitos imperiales, le parecía del estilo de Lerroux, «un señor que me gusta poco». En signo de protesta, aquel día de fiesta autonómica, se desplazó a otro lugar cercano al de los festejos, a San Román de Hornija, también en la provincia de Valladolid como Villalar, donde se halla el sepulcro de Chindasvinto. Allí sacaba sus enseñanzas:

(...) soberbios capiteles mozárabes y visigodos dicen mucho de cosas esenciales de España y nada confesionales<sup>30</sup>

En otra ocasión, hizo referencia a la identidad castellana que se comenzaba a celebrar en aquel pueblo de Villalar y afirmaba que no era esa de «la historia de los precios del trigo o de la avena que para más *inri* dicen que es una historia marxista y científica, naturalmente». Él visitaba San Cebrián de Mazote y afirmaba que la

---

<sup>29</sup> Ibidem, 6-1-1979.

<sup>30</sup> Ibidem, 7-5-1977.

identidad de Castilla era otra:

(...) la de la Castilla europea de la romanización de Cluny y el Císter, de las alianzas regias y culturales con Aragón y Cataluña que van trabando la unidad; la monarquía flamenca y refinada de Tordesillas; el original estilo del entrecruce de lo cristino con lo arábigo y lo judaico que llega a límites que nos inquietan e interrogan: Mosé de León, de Arévalo, el físico Rabí Samuel de Cuéllar y el mismo Juan de la Cruz (...) una de esas diez o doce personas que evitan que la especie humana se avergüence de ella misma<sup>31</sup>.

Ese mismo año había visitado el monasterio de Valbuena de Duero, en Valladolid y repetía que veía la Castilla más autóctona en la corte borgoñona de Tordesillas.<sup>32</sup> En Valbuena, hoy sede de la Fundación *Las Edades del Hombre*, se preguntó cuál sería el devenir de ese lugar de espléndida historia y lo propuso como un foco de irradiación cultural y espiritual de Castilla,

(...) que seguramente lo necesita más que saber cómo es su propia bandera o pendón<sup>33</sup>.

Era como un «sarampión castellano» el repentino interés de los políticos por las cosas de la tierra –las casas de adobe, ciertas costumbres culinarias como las sopas de ajo, etc.– y deseaba que ese despertar regionalista sirviese para que de verdad aprendiesen lo que era Castilla. El planteamiento de los políticos chocó constantemente con el suyo en esta materia. Un caso fue el anuncio de que se podrían conceder licencias para poner en marcha las televisiones autonómicas:

(...) que hipertrofién lo que pasa en una aldea hasta límites grotescos y defiende que quizás lo interesante sería cadenas mundiales<sup>34</sup>.

De los artículos escritos durante el año 1980 se desprende que la decepción roía las esperanzas que los españoles habían puesto en la democracia. Poco más tarde, en 1981, se produjo un intento de Golpe de Estado. La lectura que Jiménez Lozano hizo apuntaba de nuevo a esa visión apocalíptica de la política: promesas salvadoras por

---

<sup>31</sup> Ibidem, 2-6-1979.

<sup>32</sup> Ibidem, 12-3-1977.

<sup>33</sup> Ibidem.

<sup>34</sup> Ibidem, 17-2-1979.

parte de los políticos y esperanza de solución a todos sus problemas por parte de los ciudadanos. El mismo afán mesiánico ocultaba la construcción de un Estado de Autonomías e incluso, se atrevía a afirmar, los planteamientos nihilistas de los terroristas.

Los españoles están decepcionados con la democracia y con la cosa pública en general, y se encuentran en esa situación en que una esperanza podrida trastorna a las cabezas: a unas las hunde en el pesimismo más profundo e incluso en el nihilismo, y a otras las produce sueños de locura y alucinaciones. Mal asunto en ambos casos. (...) los propios líderes políticos han seguido sembrando mesianismos, y como mesianismos pretenden funcionar las mismas autonomías o hasta los más sanguinarios terroristas, que, naturalmente, también se llaman a sí mismos factores de justicia, de independencia y de otras “metafísicas” por el estilo, que siempre han servido para justificar la sangre del modo más odioso, pero también más exitoso<sup>35</sup>.

Recibió críticas por aquellos comentarios contra las autonomías «y de otras garrambainas antiguas así» y peticiones para que rectificara su opinión. Por supuesto, no sólo no rectificó, sino que reclamó el derecho a contradecir la opinión general si así se lo dictaba su conciencia. Con una mezcla de ironía y melancolía recordaba lo que en otras ocasiones había escrito sobre uno de los personajes a los que más recurría, Pascal:

(...) si no se puede, estoy dispuesto a pasar por todas las verdades oficiales. No me hago ningún problema de ello, como no se lo hacía Pascal con sus sombrererazos que había que dar en sus tiempos a los señores duques, ello no le impedía de pensar para sus adentros lo que bien le pareciera<sup>36</sup>.

En aquel importante momento de levantar las instituciones democráticas que regirían el país tras la dictadura de Franco, los hombres se confundían cuando esperaba alcanzar a través de ellas, la plenitud del hombre y de su vivir en sociedad.

### **La cultura, receta para la hipertrofia de la política**

La respuesta a todas esas políticas “teológicas” y sus pretensiones de salvar a los españoles pasaba por colocar como fundamento de la sociedad, el respeto de la persona

---

<sup>35</sup> «Decepciones y visiones españolas», *El País*, 9 de mayo de 1980.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 27-6-1981.

y el fomento de la cultura. Mientras no se convenciesen de la importancia de ésta, sería mejor no hacer política, porque entrañaba graves peligros.

(...) puede devorar todas nuestras hambres. Como un hincha de fútbol pero con dogma y ortodoxia para lanzárnosla a la cabeza<sup>37</sup>.

Sólo una mirada corta o nublada de prejuicios podría ver en su discurso una tonalidad antidemocrática. Ciertamente nunca le vemos enarbolando la bandera de los logros democráticos, pero eso no significa que no se adhiriese a ellos, sino que no se identificaba automáticamente con lo que se presentaba como positivo a los ojos de la opinión pública. Lo suyos caminaban siempre más lejos, en una tarea de “avisador”, buscando los posibles escollos que se ocultaban bajo ese mar aparentemente apacible y abierto a la navegación de la nueva sociedad española, que salía con enormes bríos a recorrerlo, libre de los impedimentos políticos de la etapa franquista. La cultura se veía arrinconada y Jiménez Lozano insistía en su importancia como el humus en el que arraigaba la convivencia social. Aseguraba que al Estado no le preocupaba nada la educación de su gente:

Ciertamente, esto de la educación y de la cultura es demasiado serio, y los Estados y sus clases dirigentes han sido siempre muy conscientes de ello. Las conquistas democráticas occidentales implican, desde luego, una igualdad educativa para todos los ciudadanos, pero claro está que es puramente teórica<sup>38</sup>.

Era como un tic histórico, un modo de responder de los gobiernos, ya fuesen democráticos o tiránicos.

La burguesía francesa del siglo pasado, cuando el problema se le planteó a la República, estuvo en seguida de acuerdo en que los hijos del pueblo adquiriesen un volumen de conocimientos que les hicieran presentables como ciudadanos, pero sobre todo útiles y utilizables como productores. En modo alguno, sin embargo, permitió que en las cabezas de esos muchachos se introdujesen ideas (...)

Pero del lado de allá de lo que se viene llamando el «telón de acero» se tienen poco más o menos las mismas ideas sobre la cuestión, y las escuelas nocturnas

---

<sup>37</sup> Ibidem, 21-8-1976.

<sup>38</sup> «La educación y el poder», *El País*, 28-9-1980.

introducidas en los años cincuenta y sesenta por el señor Kruschev, que iban produciendo jóvenes pensativos y refinados, fueron liquidadas enseguida porque la producción bajaba y las gentes se aburguesaban, es decir, pensaban al margen de los esquemas debidos y amaban lo bello. Mala cosa, pecado original y horrible para todo poder<sup>39</sup>.

Aparentaban ocuparse de tan magna tarea, pero la reducían al mínimo para cubrir el expediente y continuar con sus intereses. Como hizo en los años sesenta en los que sí que enarboló una bandera para reclamar la enseñanza en el medio rural, ahora expresaba la misma preocupación por ese intento de reducir la enseñanza a “cuatro reglas”:

Lo mejor para un Estado y toda estructura de poder será siempre, en efecto, en este plano de la educación y de la cultura, la cota de las cuatro reglas, o sea, de aquel mínimo imprescindible –aunque este mínimo puede ser naturalmente el cálculo diferencial, la cibernética o la biología de la reproducción de los delfines– para lograr que las gentes sean capaces de servir, de ser rentables, de utilizar máquinas, incluidas las máquinas de muerte, cada vez más sofisticadas y de tornarse sensibles no a la verdad o a la belleza, sino a las fascinaciones de la propaganda, de producir y consumir. Para que la vida del termitero, del inmenso y tecnológico termitero que es hoy nuestro mundo, continúe. Será suficiente llamar a todo ese entrenamiento cultural o educación y que los mass media condicionen los reflejos<sup>40</sup>.

En 1980, confirmó ese juicio sobre el retraso de la cultura en España pues «hasta que llegue a la Ilustración queda algún trecho» e ironizó calificándola de una «cultura de la abeja maya, de las capeas (...)» y «de la identidad regional», que esperaba «que no llegue hasta al modo de vestirse como los señores aquellos»<sup>41</sup>.

La sed de cultura estaba siendo saciada de otras maneras peligrosa. Contemplaba la evolución de la sociedad y temía la disolución del hombre en mero consumidor,

(...) la total evacuación de lo religioso de la vida humana, la progresiva reducción de la condición humana, en nuestra sociedad industrial o ya post-industrial, a la mera funcionalidad de productor-consumidor, a máquina biológica en buenas condiciones de rentabilidad y de disfrute de bienes producidos, sin más sonoridades

---

<sup>39</sup> Ibidem

<sup>40</sup> Ibidem

<sup>41</sup> Ibidem, 20-9-1980, pág. 43.

“metafísicas”<sup>42</sup>.

Lo mismo ocurría en el horizonte europeo en el que España se miraba para su futura integración. A Jiménez Lozano se le presentaba como un recorte de la libertad en favor de la economía. Miraba con nostalgia a la Europa de antaño frente a la que se encontraba en ese momento regida por la economía del mercado. Algo estaba cediendo de ella misma.

Europa está situada entre dos grandes formas de entender la vida absolutamente extrañas a ella: la americana, asentada sobre la idea de mercado, y la de la mal llamada Europa del Este, en donde más o menos siempre han primado la tiranía y el espíritu de sumisión. Ambas realidades han desteñido incluso sobre esta vieja Europa, y, en cierta medida, la han deshecho; para rehacer Europa habrá que volver a sus raíces: una primacía de lo espiritual sobre lo material, una decidida defensa contra la dinámica propia de todo Estado a invadir la sociedad entera y a modelar las conciencias, una resistencia a concebir al hombre en la única dimensión de lo económico (...) <sup>43</sup>

En esa nueva Europa, España se revelaba como un ser aparte. No se había sumado a los grandes momentos de renovación cultural y ésta era la piedra de toque por la que definía la condición europea.

¿Y España? España ha tenido tres grandes oportunidades europeas: el erasmismo, la Ilustración y el intento pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza, y los tres fueron barridos. Pero no solamente por los que el propio Erasmo llamaría «los hombres oscuros», sino porque la piel española parece dura para las novedades, y el cuerpo social hispánico ha resistido siempre su impacto <sup>44</sup>.

Sin embargo, ahora podía decirse que era europea, tristemente europea, pues se había entregado a modelos consumistas y dictatoriales.

Y, sin embargo, en esta España creo yo que han cuajado más que en toda Europa los influjos de esas dos cosmovisiones y talantes no europeos: los americanos y los del Este, los bestsellers y los catecismos, la civilización consumista y de mercado y

---

<sup>42</sup> «Sobre la ley de circulación de iglesias», *El País*, 16-4-1980.

<sup>43</sup> «Sobre Europa y España», *El País*, 16-6-1979.

<sup>44</sup> *Ibidem*.

la idea del Gobierno tiránico como remedio absoluto a la injusticia<sup>45</sup>.

Cinco años más tarde, cuando se firmó el Tratado de Adhesión a la Comunidad Económica Europea, lacónicamente tituló aquel paso con el sugerente «De la Europa de Erasmo a la del zoco».

Los detalles técnicos son que nuestra tarea europea consistirá esencialmente en vender aceite, vino, lechugas y naranjas, y comprar mercancías judaicas, heréticas y luteranas –todavía a Miguel Hernández la mantequilla hacía que los guisos le supieran a cirios fritos–. Nuestros abuelos hidalgos deben de estar removiéndose en sus tumbas ante esta obligada conversión al comercio, siempre considerado algo vil y plebeyo; pero la desilusión más espiritual e intelectual de los otros no parece menor. Especialmente, además, porque tampoco es seguro que, asociándonos ahora a Europa, no hayamos llegado en realidad a América<sup>46</sup>

Jiménez Lozano, contemplaba la integración europea como una reducción a economía y comercio. Europa había dejado en el camino la rica herencia cultural nacida desde las civilizaciones griega y romana. En alarma roja constante se ofrecía a sus ojos la relación paradójica entre libertad y consumo.

(...) si el hombre es feliz y su vida está llena y sin menesterosidad alguna, no querrá para nada la libertad; y las sociedades reales, que funcionan en el mundo a uno y otro lado de un telón imaginario, al fin y al cabo lo que pretenden es organizar del mejor modo posible el hormiguero. Del lado de allá, persiguiendo aún la libertad y constriñendo las libertades que consideran lujos burgueses o moneda falsa, y actuando en consecuencia como siempre se ha actuado contra herejes y reos de lesa majestad. Del lado de acá, en un hormiguero ciertamente más cómodo y brillante, garantizando desde luego la libertad de coche o de dentífrico, de menú o de color de la camisa, que no son escasas libertades, ciertamente, pero en las que corre el peligro de resumirse todo lo que sería la libertad y parece alegrarnos tanto: la libertad equiparada a la felicidad, una libertad fabricada con hamburguesa, que seguramente paladares anacrónicos como los de Erasmo y Voltaire no sabrían apreciar. Y sobre la que no puede echarse la pimienta del viejo

---

<sup>45</sup> Ibidem

<sup>46</sup> «De la Europa de Erasmo a la del zoco», *El País*, 28-12-1985.



texto bíblico: “La verdad os hará libres”<sup>47</sup>.

Como un perro sabueso, olfateaba el aire de lo que parecía cándido y que para él llevaba aromas sospechosos. El nombre de la libertad había sido pronunciado equívocamente muchas veces en la historia.

Nuestro mundo libre está atravesando un período orgiástico de libertad: mercado libre, empresa libre, enseñanza libre, elecciones libres, prensa libre, e incluso podríamos añadir con un eco lamennesiano: y “prisión libre”; o hasta hablar del librepensamiento como si en realidad pudiéramos pensar lo que quisiéramos y no, mucho más modestamente, lo que podemos<sup>48</sup>

Desconfiaba de la proliferación de discursos sobre la libertad se refiriese al sujeto que fuese. Sospechaba, invariablemente, que tras ellos se escondía el deseo de imponer cada uno su propia visión.

Si el día de mañana los americanos y demás estudiantes con medios técnicos y mentalidad tecnocrática –que es el último grito– someten a los medios de comunicación españoles a un chequeo de palabras, como se hace con Galdós, por ejemplo, para inquirir si en una novela prevalece el amor o el odio por la frecuencia de cada una de esas dos palabras, los resultados van a ser esplendorosos: este país va a parecer la Florencia de los Médicis, una república de talentos. Pero lo que iba a decir es que comienzan de nuevo los cursos escolares y que mucho me temo que, pese a estos aires florentinos, proseguirán las luchas y discusiones sobre la famosa libertad de enseñanza, que son pura y simplemente las luchas por imponer cada cual su catecismo, una versión muy indígena, diríamos, del asunto de los güelfos y gibelinos<sup>49</sup>.

Él, que había vivido bajo un régimen autoritario y que criticó tantas veces la censura, se reía de esa identificación canija entre libertad y pequeñas muestras de libertades.

Los partidos y los sindicatos o la “ley de imprenta”, como se decía casi con lágrimas en los ojos, en el siglo pasado, que pensando en la legalización de

---

<sup>47</sup> «Una oleada de libertad», *El País*, 4-12-1984.

<sup>48</sup> *Ibidem*.

<sup>49</sup> «Una oleada de libertad», *El País*, 4-12-1984.

imprimir panfletos, que es cosa muy nuestra y algo así como la encarnación de la libertad, iban a traer el bienestar más paradisíaco<sup>50</sup>.

José Jiménez Lozano dirigía su mirada sobre el mundo traspasando lo contingente de lo noticiable para recalar en sus profundidades. Se acercaba a la actualidad como si estuviese, de alguna forma, desgajado de ella. No le vemos apasionarse cuando lo hacen el resto de sus conciudadanos, al compás de una serie de eventos que agitaron al país. Nuestro autor los contemplaba desde la distancia, de una manera casi estática, como si poseyese una perspectiva que le permitiese no aventurarse en el fregado del acontecer diario. Se diría que conocía el final del drama, o que lo observaba como quien hubiese pasado ya por ese trance y dejase que fuesen los otros quienes actuaran. Las claves de esta postura se descifran en cada entrega. Jiménez Lozano se sentaba con frecuencia con quienes habían experimentado ya la historia –Pascal, Molière, diferentes personajes de la Ilustración, etc.– y con otros contertulios –múltiples alusiones a escritores, pensadores, periodistas extranjeros, etc.– de cuya mano volvía sus ojos a la realidad de su tiempo.

Comenzó a detentar un rechazo ante todo lo que tuviera aire de masificación, de codificación, de pertenencia a grupos o modas culturales. Era consciente de que esta postura contestataria le provocaría la exclusión. Estaba comprobando cómo a unas ortodoxias le sucedían otras y, si se quería triunfar, no había más remedio que ponerse del lado de las ortodoxias del momento,

(...) convertirse en un genio de la noche a la mañana si se declara más o menos marxista, si se es desvergonzado o se emplea un vocabulario de prostíbulo<sup>51</sup>.

Frente a ello fue respondiendo con la toma de conciencia de su propia identidad, la de alguien que voluntariamente se ponía al margen de lo establecido culturalmente. Fue delineando lo que significaba, en el panorama de las nuevas dictaduras democráticas, el verdadero y arriesgado oficio del *profeta*, una figura con la que dibujaba lo que creía que era la tarea del pensador, del escritor y también del cristiano.<sup>52</sup> Arriesgado, porque debía gritarle las verdades a los suyos, y por ello, las gentes le rechazaban y le mataban.

---

<sup>50</sup> «Decepciones y visiones españolas», *El País*, 9-5-1980.

<sup>51</sup> *Ibidem*, 3-7-1976.

<sup>52</sup> Véase su novela *El viaje de Jonás*.

La apuesta por la cultura, por la seriedad intelectual y, en definitiva, por la persona, era una tarea que incumbía al hombre en particular. Paulatinamente estaba iniciando el camino de su propuesta cultural que materializó en su denso trabajo literario y en la puesta en marcha de las exposiciones *Las Edades del Hombre*.